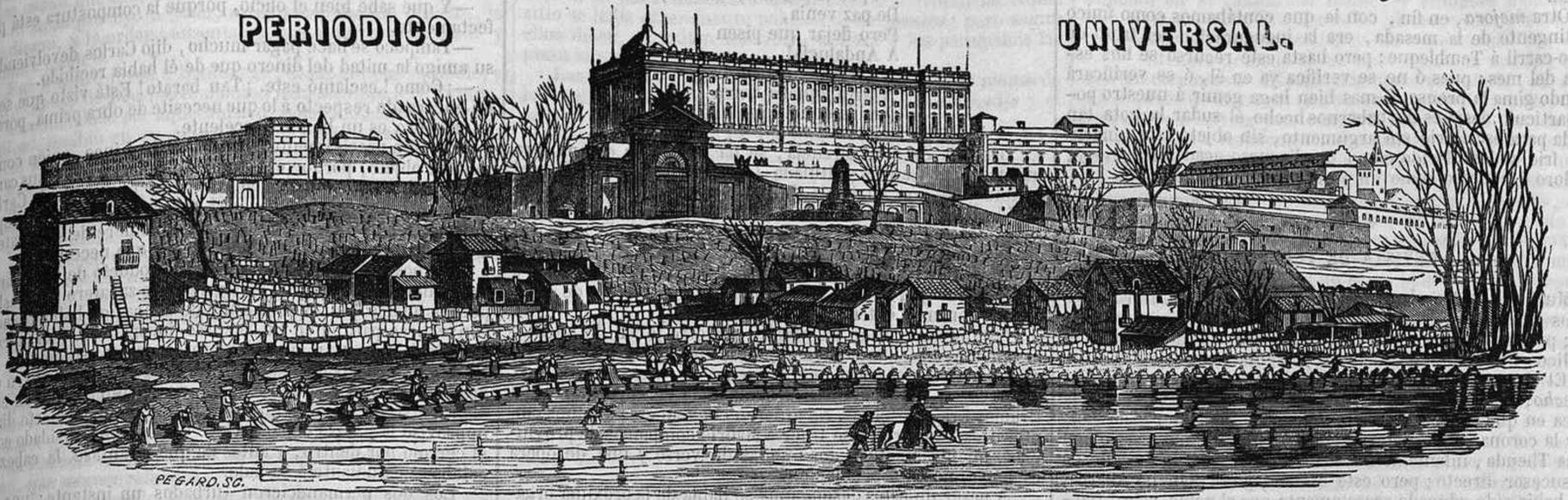


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50,
Número suelto 4 rs.

NUM. 218.—SÁBADO 30 DE ABRIL DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

CRONICA MATRITENSE

DEL MES DE ABRIL.

Todos los mas afamados autores del arte culinario, desde el sustancioso *Carême* hasta el erudito *Brillat Savarin*, desde *San Diego de Alcalá* hasta *Perona*, convienen absolutamente en una verdad, en un axioma incontestable, á saber:—que para hacer un conejo guisado, lo primero que hay que procurar es tener el conejo.—Esto mismo, poco mas ó menos, pudiéramos decir nosotros aplicado á nuestro obligado artículo de *Crónica mensual*: tratándose de narrar sucesos, de salpimentar á nuestro modo acontecimientos del mes de abril, quisieramos, ante todas cosas, que el tal mes pusiera á nuestra disposición algo que de contar sea; algun *sucedido* que condicionara en nuestra insípida cocina.

Mas por si echándola de fanfaron y acontecido quisiera respondernos con una tiramira de sucesos altisonantes, con una copiosa coleccion de incidentes dramáticos ó de históricas peripecias, cúmpenos responderle de antemano y con toda cortesania que tales ingredientes no entran para nada en nuestro guisado, ni atañen tampoco á nuestra mision, ni halagan al paladar de nuestros oyentes, á los que tenemos acostumbrados á abstenerse por consejo higiénico de toda materia de difícil digestion, y conformes ya con el saludable régimen de «sopitas y buen vino».

Por consecuencia, se deduce que es de todo punto inútil para nuestro propósito la vana ostentacion que pudiera hacernos el mes de abril de 1853 de su importancia en el órden político, ni el alarde jactancioso de sucesos de tan grueso calibre como la vida, pasion y muerte, dentro de su primer tercio de una de esas legislaturas homeopáticas que por ahora se estilan en nuestro parlamento, y que por lo breves y compendiosas pueden ir en carta ó publicarse en una sola entrega semanal.—Tampoco nos hace al caso para nada la consiguiente crisis ministerial, los vaivenes de los partidos, ni el zarandeo de las personas en tales ocasiones, que siendo por lo demás tan frecuentes entre nosotros, no podrían prestar tampoco á nuestra crónica de abril ningun interés palpitable ni de novedad. En nuestro dichoso país, donde los gobiernos se cuentan por trimestres y las crisis políticas por semanas, el anuncio ó el programa de ellas suele escitar solo el mismo movimiento de curiosidad que los de las funciones teatrales; y las listas de los nuevos gobernantes algo menos que las que se publican en Cuaresma de los actores que han de trabajar en la próxima temporada.

Si para buscar motivos ó ingredientes con que confeccionar nuestro artículo nos elevamos á las regiones atmosféricas, el templado, sereno y esplendoroso abril solo nos ofrecerá materia para entonar un himno primaveril, un clásico idilio capaz de hacer dor-

mir á todos los habitantes del Nuncio de Toledo, habiendo forzosamente de sacar á relucir la yerba aljofarada y la perfumada brisa, y el susurro del arroyuelo, y el trino de los pajarillos, con todos los demás adminículos, ordinario acompañamiento de los Calistos y Melibeas, de las Cloris y Coridones, *ejemplares* fósiles que escasean ya tanto, que para buscarlos es preciso acudir á las églogas de Melendez ó á las salas del gabinete de Historia Natural.

Nuestra sublime y poética religion nos ofreceria, es verdad, amplia materia para un admirable cuadro en las fiestas y ceremonias que despliega con la tierna ocasion del cumplimiento del precepto pascual. Pintariamos la esplendente decoracion de los templos, el fervor religioso de los fieles, la suntuosidad de las procesiones dominicales, y el animado aspecto de las calles por donde dirigen su marcha triunfal. Pero

es el caso que todo esto lo hemos dicho ya mal ó bien y con igual ocasion en los pasados abrils, y que corrimos el evidente riesgo de incurrir en nuestro propio plagio, delito, que aunque no previsto en el código penal, no es por eso menos condenable y cierto.

El recuerdo de los actos piadosos, de las patéticas ceremonias con que la iglesia dispone la administracion del sagra- do pan del alma á los enfermos del cuerpo, nos traeria simultáneamente á la memoria los muchos de ellos, que habiendo resistido al terrible trimestre primero del año, han sucumbido inesperadamente al renuevo de la suscripcion en el segundo. Pero la repeticion tambien de esta clase de *mementos* en nuestras crónicas anteriores les va dando un cierto tufo de carro funeral, un cierto viso de esquila mortuoria, que nos pondria en el caso de compungir perpétuamente nuestro es- tilo, de encuadrar con negras fa- jas nuestro artículo, y de *ilustrarle* en fin con un sepulcro á su cabeza, sombreado por sáuce lloron ó fúnebre ciprés, sin permitirnos siquiera el menor des- ahogo ni la mas imperceptible sonrisa, aunque trajéramos á la memoria aquel epitafio prospec- to que leimos en el cementerio *Montmartre* de Paris. «Aquí yace N. N.: rogad á Dios por él. Fue buen padre, buen esposo, buen salchichero. Su viuda INCONSO- LABLE tiene el honor de prevenir al público que continúa con el almacén, calle de San Dionisio número ...»

Apartando los ojos y la imagi- nacion de estos sucesos lamen- tables, buscaríamos otros mas halagüenos para ocuparnos de ellos: v. g. las diversiones y es- pectáculos, y á la verdad que en el fecundo abril no nos faltaria materia para confeccionar una variada pepitoria, tomando por base los dramas de *verdad* del circo de la puerta de Alcalá (el mas nacional de nuestros tea- tros), y acompañándola luego con la sabrosa menestra del *marqués de Caravaca* y *El médico de cámara*, del *Sancho Garcés* y *La pastora de los Alpes*, de *La cotorra* y *Juan el cochero*; pero ya hemos repetido hasta lo infini- to que tampoco este negociado corre por nuestra mesa, sino por la de *ramos especiales*, y por consecuencia no podemos extra- limitarnos ni introducirnos en ajena miés.

Quedábanos solo para endilgar nuestra puchera el *sucedido* de mejoras materiales y de adelan- tos en nuestra vida social, que en el periodo de un mes exige la actual generacion con mas abin- co que empleaban en un siglo las anteriores; pero tambien en este punto nos ha faltado el *conejo*, á menos que hagamos pasar á nuestros lectores gato por lie- bre, dándole como grande acon- tecimiento y sólido manjar la inauguracion de los buzones del *correo interior* en los puntos es- tremos de la villa, para comodi- dad y uso esclusivo de los veci- nos del Rastro, de la Moreria, del Pósito, ó de Afligidos; á cu- yos puntos, tú por ejemplo, ha- bitante de las calles de Atocha ó del Príncipe, de Fuencarral ó de



Fernando, duque de Génova, y su esposa la princesa Isabel de Sajonia.

Jacometrezo, tendrás que llevar en persona la misiva de convite que dirijas á tu convecino para que desde el extremo de la circunferencia venga de nuevo á buscar su centro de gravedad.

Otra mejora, en fin, con la que contábamos como único contingente de la mesada, era la inauguración del trozo de ferro-carril á Tembleque; pero hasta este recurso se nos escapó del mes; pues ó no se verificó ya en él, ó se verificó cuando gima la prensa, ó mas bien haga gemir á nuestro pobre artículo despues de habernos hecho él sudar la gota tan gorda para escribirlo sin argumento, sin objeto, sin tendencia, frío y descolorido como un discurso académico, vago, inodoro é insípido como un programa ministerial.

EL CRONISTA.

REVISTA DE TEATROS.

Muchas son las obras nuevas representadas últimamente en los diferentes teatros: algunas han sido muy bien recibidas; pero ni aun estas han tenido suficiente atractivo para el público, fuera de siete ú ocho representaciones.

El drama del señor Ariza titulado *Dios, mi brazo y mi derecho*, se refiere á la historia del reino de Navarra y á la época en que el conde Gomezano ocupaba el poder y deseaba fijar la corona en la cabeza de su hijo, procurando casarle con Doña Theuda, infanta de Leon, heredera del trono á falta de un sucesor directo; pero este existía, y era Sancho Abarca, que habia sido educado secretamente por el noble y leal Garcés, que le hizo pasar por hijo suyo para libertarle de las asechanzas del usurpador. Garcés aconseja á Sancho que tome las armas en favor del legítimo heredero, y el jóven príncipe obedece á su supuesto padre, y hace la guerra á Gomezano.

Sancho estaba enamorado de la infanta Theuda, y sabiendo que debe verificarse en Pamplona un torneo, y que el premio del vencedor era una banda que debía dar la misma princesa, se presenta en el palenque despreciando el peligro que su vida corria, y logra vencer á Ordoño, hijo de Gomezano; pero al recibir el premio es reconocido, y la infanta para salvarle le pide la espada y le hace su prisionero. Tambien acude en su favor Garcés, llevando consigo un pergamino en que se acreditaba la existencia del legítimo heredero, y está dispuesto á entregar tan preciosa prueba por conseguir la libertad de Sancho. El conde acoje la proposición para apoderarse del pergamino, pero con el intento de deshacerse luego del príncipe. Doña Theuda le salva, y Sancho Abarca se presenta en Pamplona á la cabeza de su ejército. Además del pergamino entregado al conde existía otra prueba, y era un lienzo escrito con sangre por la reina Doña Urraca, y en el cual se declaraba que Sancho era su hijo. Este logró apoderarse de él al tomar del moro á San Juan de la Peña, donde estaba depositado. Probado de este modo el nacimiento del príncipe, es proclamado rey.

El drama del señor Ariza no tiene un gran interés; sin embargo, se oye con gusto porque abunda en grandes rasgos de nobleza y generosidad, y hay tambien muy bellos trozos de versificación. La ejecución fué muy esmerada por parte de la señora Palma y los señores Romea y Pizarroso.

En el teatro de VARIEDADES se ha representado á beneficio del actor don José Garcia un drama francés titulado *La pastora de los Alpes*. Unos dicen que es drama demasiado lloron; otros que es del género de Bouchardy; pero todos convienen en que al lado de grandes defectos hay situaciones muy buenas. Limitándonos á dar cuenta del éxito, este no fué tan favorable como la empresa esperaba, y por esto seguramente se propuso presentarlo con todo el aparato escénico que su argumento requiere y con todo el esmero que acostumbra el señor Arjona.

En cuanto á su ejecución, no estuvo muy feliz la señora Lamadrid; pero en cambio Arjona desempeñó muy bien el papel de un viejo soldado del Imperio, y el público le aplaudió con justicia. Tambien estuvo bien en su papel el señor Ossorio. No podemos decir lo mismo del beneficiado.

En la Cruz se ha ejecutado un drama de Bouchardy titulado *Juan el Cochero*, que tiene todo el interés que sabe dar á sus obras el autor francés. Fué bien recibido, y hubiera producido mejor efecto si se hubiesen hecho en la traducción algunas modificaciones para acomodarlo á nuestra escena, y si la ejecución hubiese sido mas esmerada.

La zarzuela *El marqués de Caravaca*, letra del señor Vega, ha sido aplaudida y ha dado algunas entradas al teatro del Circo. Tiene bastante enredo y escenas muy cómicas. En cuanto á la música, aunque profanos, nos han parecido muy bellos algunos de sus cantos, y creemos que esta composición no rebaja la justa reputación que ha sabido adquirirse el señor Barbieri.

En cuanto á los versos cantables, son pocos los autores que saben escribirlos tan buenos como el señor Vega.

Insertamos á continuación la canción de Rita en el primer cuadro:

«¿Quién me verá á mí!
 ¡Con mantilla de encaje de á terciá
 Salir de Madrid!—
 ¡Los domingos subir al Retiro,
 Con botas de raso,
 Luciéndome mi pié!...
 ¡Con mi falda, que vaya crugiendo
 De seda chine!
 ¡Quién me verá á mí!...
 ¡Tan compuesta y emperregilada
 Salir por Madrid!
 ¡Me echaré pañolón de Manila
 Con fleco de á vara,
 Porque haya ocasion
 De que pase rozando un buen mozo
 Y enrede un boton!
 ¡Quién me verá á mí!...
 Tan compuesta y emperregilada
 Salir por Madrid!»

Y las lindísimas seguidillas del marqués de Caravaca:

«¡Jerez de la Frontera,
 Tuya es la gloria!
 ¡La batalla has ganado,
 Canta victoria!»

«¡Pues! ¡y un marino!
 ¡Hijo de aquella tierra,
 Que da aquel vino!
 ¡Yo á Castilla, señores,
 De paz venia,
 Pero dejar que pisen
 A Andalucía!...
 ¡Viva el marino!
 ¡Y viva aquella tierra
 Que da aquel vino!»

Despues de esta zarzuela, se ha puesto en escena otra traducida del francés y titulada *La Cotorra*, que ha sido mal recibida y —que auxiliada del *Marqués de Caravaca*,—ha podido vivir algunos dias.

El jóven escritor D. Antonio Hurtado ha dado al teatro de VARIEDADES su última producción titulada *El Médico de Cámara*, que ha sido muy aplaudida. El autor fué llamado á la escena, y por ello le felicitamos, sin perjuicio de ocuparnos con mas detención de su obra.

Este mismo autor ha escrito con otro jóven de talento, el señor Ayala, una comedia que deberá ponerse en escena muy pronto en el coliseo del PRÍNCIPE.

Pasaron á mejor vida las compañías del Instituto y del Drama. Era de esperar. No quieren convencerse algunos empresarios y actores, que traer á Madrid compañías de provincias, mientras actúan dos buenas de verso y una de ópera española, no es especulación.

A pesar de estos desengaños se habla de la próxima organización de otras dos para los mismos teatros, que dirigirán los actores Montaña é Iriarte.

Anoche se representó en el PRÍNCIPE á beneficio de doña Manuela Ramos una comedia traducida del francés y titulada *La tierra de promisión*.

De esta comedia, del *Médico de Cámara* y de las obras que se preparan en los diferentes teatros para concluir el año cómico, nos ocuparemos en nuestra próxima revista.

CARLOS LINEO.

(Conclusion.)

V.

UPSAL.

Creia haber conseguido su objeto el hijo de Linæus, pues con la confianza propia de un jóven, se veia estimulado por los profesores de Upsal, así como le habia sucedido con Rothmann y Stobæus.

Nada sabia, supuesto que solo dan esperiencia las lecciones de la desgracia; que es muy raro encontrar en el mundo corazones como los de sus dos primeros protectores.

No tardó en conocerlo. En Upsal, lo mismo que en Lund, su primer paso fué entregar las cartas de recomendación que el anciano Kilian le habia dado para los profesores de la universidad.

Pero la acogida que obtuvo fué muy diversa que la que mereció en Lund.

Uno apenas se acordaba de Kilian Stobæus, y solo hizo á su protegido vagas ofertas.

Otro le manifestó que se hallaba abrumado con recomendaciones de jóvenes estudiantes, y que por lo mismo le era imposible satisfacer á todos.

El tercero tuvo la condescendencia de examinar rápidamente sus trabajos apenas bosquejados, y Carlos se creyó en salvo, pero se los devolvió dirigiéndole una mirada protectora tan desdeñosa, que el jóven botánico se retiró silencioso y cabizbajo.

Ignoraba que su trabajo, perfectamente comprendido por el profesor, le habia suscitado en este un enemigo mortal, cuya envidia le perseguiría durante mucho tiempo.

Todos los recursos faltaron simultáneamente á Lineo, quien dudó un momento, y aun se preguntó sino seria mejor para él renunciar al porvenir que tanto ambicionaba, y volverse á Roeschult; pero se acordó de las predicciones del anciano Kilian, condenó su debilidad como una cobardía, y firme y decidido se procuró una pobre vivienda en Upsal, resuelto á morir estudiando ó á distinguirse en breve.

Larga fué la lucha, porque el jóven tenia que habérselas con un terrible adversario; con la miseria, que avanzaba lenta, pero implacable de hora en hora, y que llegó por fin á llamar á su puerta el dia en que salió de sus manos, para pagar su hospedaje, la última moneda que poseia.

Erale con todo preciso vivir para continuar sus estudios, por lo mismo que iba acercándose á la realización de su objeto.

¿Qué habia de hacer?
 Dios le salvó por medio de una casualidad que parecia increíble, fabulosa, si no la víeramos confirmada en todas sus biografías.

En la casa que le servia de asilo solo se hospedaban estudiantes, y como su carácter era tan apacible, tuvo muy pronto entre ellos muchos amigos.

Cierta mañana entró inquieto y pensativo en el cuarto de un estudiante.

—Llegas á propósito, díjole este, pues se me ha quedado en el brasero un zapato y no puedo salir de casa: te ruego pues que lo laves á un zapatero para que me lo componga.

—Con mucho gusto, le respondió Lineo.

—Y hazme el favor por completo esperando á que la compostura esté concluida, porque no tengo otro calzado. ¡Ah! Toma dinero para pagar el trabajo, porque los zapateros de Upsal no fian, como sabes, á los estudiantes.

Carlos volvió á su cuarto, y allí se arrojó y dió gracias á Dios por la feliz idea que acababa de inspirarle.

Un cuarto de hora despues, cualquiera que observase lo que pasaba en el aposento de Lineo, se hubiera frotado los ojos antes de creerlo.

El estudiante habia cojido un tirapié, una lezna, cáñamo y pez, objetos que con gran prevision habia conservado á fin de no carecer de calzado cuando apurasen las circunstancias: trabajaba pues con ahinco y alegremente, porque ya estaba seguro de no sucumbir en la lucha que habia entablado con la pobreza.

Trascurrida una hora terminó su tarea y llevó la obra á su amigo, quien le dijo:

—Por cierto que has encontrado á un zapatero diligente.

—¡Oh! Sí, muy laborioso.

—Y que sabe bien el oficio, porque la compostura está perfectamente.

—Tampoco se hace pagar mucho, dijo Carlos devolviendo á su amigo la mitad del dinero que de él habia recibido.

—¡Cómo! exclamó este. ¡Tan barato! Está visto que serás mi encargado respecto á lo que necesite de obra prima, porque tu zapatero es un hombre excelente.

Esto era precisamente lo que deseaba Lineo, quien consiguió su objeto, porque el estudiante refirió á todos sus camaradas el hallazgo que acababa de hacer por medio de Carlos. Los demás jóvenes, pobres casi todos, imitaron su ejemplo, y como Lineo se negaba á declarar el nombre de su zapatero, le encargaron que corriese con la obra que necesitaban.

Muchos meses vivió Lineo con el producto de sus manos, acordándose con gratitud de su maestro zapatero de Roeschult por lo mismo que aquella humilde ocupación habia llegado á convertirse para él en un recurso inesperado, y el único al cual debía la ventaja de poder proseguir sus estudios.

Nadie habia penetrado su secreto; pero como todo en este mundo se descubre tarde ó temprano, aconteció que un estudiante vivo de genio y muy petulante, empujó cierto dia de improviso la puerta de su cuarto. Carlos habia olvidado echar el cerrojo por dentro, y antes de que levantase la cabeza ya estaba el estudiante á su lado.

Los dos permanecieron turbados un instante; uno por verse descubierto en su trabajo, y el otro por la indiscreción que habia cometido.

El último dijo al fin:

—¡Ah, Carlos! ignoraba que podria incomodarte.

—Esta es una reminiscencia de mi antiguo oficio, le respondió sonriéndose Lineo.

—Y puedes envanecerme por haberlo aprendido, porque economizarás en tus gastos.

—¿Me permites proseguir mi trabajo?

—Y tendré mucho gusto en ver tu habilidad.

El estudiante se sentó y contempló á Carlos durante mucho tiempo; mas al fin le dijo de pronto:

—Se me figura que no trabajas para tí.

—Dices bien, amigo mio, murmuró Carlos algo conmovido.

—¿Para quién pues?

—Ayer para tí, y hoy para Kraft: he hecho mal sin embargo en decir que no trabajo para mí, supuesto que el oficio de zapatero me alimenta hace bastantes meses.

Un estudiante que tal hiciese en nuestros dias, escribiría acaso el desprecio y la burla de sus condiscípulos; pero no sucedió así en Upsal, pues sus amigos se enteraron con admiración de la animosa tenacidad de Lineo, cuyo mérito y amable carácter empezaban á ser conocidos.

Su historia corrió de boca en boca, y no tardó en saberse por toda la ciudad. Varias personas se interesaron en favor suyo, y el jóven botánico no necesitó ocultarse para ganar su sustento diario, porque empezó á dar lecciones á muchos discípulos.

Este fué su primer triunfo; triunfo incompleto, si se atiende á que tenia que valerse del latin para sus explicaciones.

Pero su celo compensaba la profundidad de que carecian sus conocimientos gramaticales.

VI.

EL SABIO.

Por lo regular empleaba Carlos en el jardin botánico de Upsal el tiempo libre que le dejaban sus lecciones. Allí solia encontrar á otro aficionado, no menos asiduo que él, con quien hizo en breve conocimiento. Este botánico era el profesor de teología Olaus Celsius, que entonces trabajaba en la composición de su botánica sagrada.

Ayudado desde luego casualmente por Lineo, reconoció su rara inteligencia, y no queriendo privarse de su cooperación le hizo su secretario. Aun fué mas allá, pues habló de él con tanto encómio al anciano Olaus Rudbeck, profesor de botánica de Upsal, que este quiso ver al jóven secretario, apreció su mérito, le nombró director del jardin, y le encargó que le supliese en el curso público.

Lineo tenia apenas entonces veintitres años: la cátedra de que se encargó extendió el círculo de sus estudios, y multiplicó sus observaciones. Entonces fué cuando imaginó las bases de la reforma que se proponia hacer en la botánica y en toda la historia natural.

La profundidad de sus miras le habia distinguido ya tanto, que la Academia de Ciencias de Upsal, queriendo enviar un naturalista á la Laponia para que estudiase sus producciones, eligió al efecto al jóven suplente de Olaus Rudbeck, á quien encargó asimismo la continuación de los trabajos de Celsius el padre.

Lineo partió y tuvo que recorrer por espacio de muchos meses las heladas montañas del país que exploraba: bajó luego por la Laponia noruega hasta las orillas del mar, siguió la costa del golfo de Bohemia, y volvió á Upsal por la Finlandia y las islas de Aland.

Levita corta, calzon y ancho sombrero: hé aquí el traje de Lineo en su peligrosa escursión. Llevaba tambien una especie de mochila, una caja para las plantas raras que encontrase, y un grueso palo de ferrada punta. De este modo recojía plantas, insectos y minerales, tomando nota de todo.

Pero Lineo no debia alcanzar la gloria que merecian sus trabajos, sus fatigas y su adhesión á la ciencia, porque todavia iba á mostrarsele contraria la fortuna.

A su vuelta vió el sábio que la hidra de la envidia levantaba la cabeza contra él.

Aquel profesor que le habia acogido con tanto desdén, habia intrigado durante su ausencia, y así en vez de las felicitaciones y de los adelantos que esperaba, obtuvo la prohibición de que diese cursos públicos.

Lleno de disgustos y desanimado se retiró á Dalecarlia, resignándose á vivir oscuramente y ejerciendo la profesion de médico, aunque sin tener el título de tal.

Allí le envió Dios un ángel protector en la hija del doctor

More: la amó, quiso casarse con ella, pero el padre exigía que su yerno fuese doctor, y Lineo, que de su viaje á la Lapponia habia vuelto mas pobre que nunca, no podia subvenir á los gastos que exigia su admision al doctorado.

El ángel proveyó á todo, reanimó su abatido espíritu, le dió dinero, y le ordenó ausentarse para que volviese sabio y hombre célebre.

Fué nuestro jóven á Hamburgo; desde allí pasó á Leide, y con el apoyo de Boerhaave dominó para siempre á la fortuna.

Recomendado por aquel ilustre ciudadano holandés, Jorge Clifford recibió en su casa á Lineo, y éste, tranquilo en el retiro de Hartecamp, compuso sus primeras obras y las dedicó á su huésped.

Al mismo tiempo que hacia florecer por la vez primera en Europa al banano, publicaba el primer ensayo de su *Sistema de la naturaleza*.

Allí tambien estrechó relaciones con su compatriota Artedi, que escribia una historia natural de los peces, y que se ahogó en un canal de Amsterdam. Lineo completó su obra, y la publicó teniendo cuidado de hacer que recayese en Artedi toda la gloria.

Estos trabajos no le impedian atender al objeto de su viaje, y se recibió de doctor en medicina en Harderwick.

Antes de volver á Suecia quiso ver la Inglaterra, cuyos sabios le acogieron friamente, á pesar de todas las recomendaciones que llevaba.

En Francia se presentó á Jussieu de una manera tan curiosa, que merece referirse.

Se dirigió al jardin de plantas donde los discípulos de Jussieu herborizaban en presencia de su maestro, y unos cuantos, á fin de sorprenderle, compusieron una flor con varios fragmentos unidos entre sí. Jussieu descubrió el fraude, nombró las partes de que la flor se componia; pero vaciló acerca de una de ellas. Al punto se le acercó un individuo y pronunció el nombre de una planta americana que Jussieu reconoció al punto exclamando:

—Únicamente Lineo ó yo hubiéramos descubierto este contrabando.

Lineo entonces le estrechó la mano, y llegó á ser tan grande la amistad de entrambos, que el sabio sueco quiso eternizar su recuerdo llamando á un género de plantas *Jussiaea*.

Poco despues se unió en Suecia con la hija del doctor More.

Tal vez le esperaba la oscuridad, á pesar de sus esfuerzos; pero el baron Carlos de Geer, ilustre entomólogo, y el conde de Tessin, senador y ayo del príncipe real, consiguieron que se le nombrase médico de la armada, y despues médico del rey y presidente de la Academia de Ciencias establecida en Estocolmo.

Por fin, antes de cumplir treinta y cuatro años alcanzó Lineo lo que constantemente habia deseado, y obtuvo la cátedra de botánica de Upsal. Habia dicho al doctor Rothman: *á todo se llega*, y llegó en efecto. Regentó aquella cátedra por espacio de treinta y siete años con extraordinaria fama.

Su celebridad llenó el mundo entero: los sabios fueron á buscarle para escuchar sus lecciones; de todas partes le llegaban consultas científicas, y en las principales capitales se establecieron museos y jardines botánicos, con arreglo á los modelos de los que él habia fundado ó dirigido en Suecia. No hubo academia que dejase de nombrarle sócio correspondiente. El rey de Suecia le condecoró con la orden de la Estrella-Polar, y Luis XV recibió por su propia mano en Trianon varias semillas para enviárselas.

Nació Lineo el 24 de mayo de 1707, y murió el 10 de enero de 1778, despues de la vida mas gloriosa y mas pura que puede imaginarse.

La admiración que le conquistaron su ciencia y sus virtudes le ha sobrevivido, y bien á las claras se manifestó esto despues de su muerte.

La cátedra de botánica fué dada á su hijo, y Gronovius, sabio naturalista, le dedicó una planta del Norte, á la cual dió el nombre de *Linnaea*.

Por último, Carlos Lineo, que de simple aprendiz de zapatero, de pobre estudiante, supo hacerse tan distinguido como un rey á fuerza de trabajo, de perseverancia y de mérito personal, fué colocado despues de muerto entre los reyes.

En la catedral de Upsal, entre el féretro de plata de Erick IX y los sarcófagos de vários monarcas de Suecia se ve un sencillo monumento que llama la atencion mucho mas que todos los sepulcros reales allí reunidos: es el que encierra las cenizas de Lineo.

LAS SERPIENTES Y SUS MAGNETIZADORES.

(Continuacion.)

Quedaban por fin las dos serpientes primeras, alta la cabeza y erguido el cuerpo, obedeciendo visiblemente á la voluntad de los fascinadores. Una de ellas mordió al árabe jóven, y le hizo sangre. Empero el herido no hizo caso alguno, contentándose con mojar la herida con su saliva y abrir algo mas la herida con la uña para que la sangre corriese con mayor libertad. Despues presentó varios lagartos sumamente asquerosos. El espectáculo no debia terminar con esto; los árabes cojieron las serpientes por la cola dejando arrastrar la cabeza por el suelo. Los reptiles al verse así tratados se retorcieron sobre sí mismos amenazando á los espectadores que se hallaban colocados en la primera fila. De vez en cuando se escapaban de entre las manos de los magnetizadores, avanzando rápidamente hácia el público; pero los árabes los deteniendo cuando bien les placia, cojiéndolos por la cola, y volviendo á empezar los primeros ejercicios.

Hemos dicho ya que el don de fascinar las serpientes pasa por ser hereditario, como la supuesta magia de los duendes de Cornualles, que cuando les acomoda se sirven con tanta fortuna de su vara mágica. El árabe jóven no tenia mas que quince años, aunque, como él decia, era casado y con hijos. Cuando se le preguntaba de qué manera habia adquirido aquel poder, contestaba que su padre era un venerable anciano que no temia á las serpientes, que él tampoco las temia, y que los reptiles no podian hacerle mal alguno. El otro árabe de mas edad, llamado Djabar-Abou-Haidjad, pretendia pertenecer á una tribu llamada Ruffaiah, cuyos individuos

poseen desde muy antiguo la facultad de fascinar las serpientes. Dicha tribu, segun él, tomaba el nombre de Ruffai, santón musulman cuyo sepulcro se venera hoy dia en Busrah, donde acuden en peregrinacion á visitarlo todos los Ruffaiahs. Aquel sitio se halla enteramente poblado de serpientes; pero segun ellos dicen, el santón les cierra la boca y los peregrinos las pisan sin peligro alguno.

Las serpientes que generalmente figuran en los juegos de los juglares árabes son el *cobra* de Egipto ó *naia hadje* y el *cerasto* ó la *vipera caudalis*.

El *cobra* de Egipto no tiene en la frente la mancha estraña parecida á un par de anteojos, con la que se distinguen y conocen las especies del Asia. Su color es verdoso oscuro y sus dimensiones de tres á cinco piés. Esta es la serpiente que los fascinadores egipcios hacen permanecer inmóvil con solo apoyar el dedo en la nuca. Esta presion les ataca de una especie de catalepsia que las hace asemejar á un palo.

El doctor Smith, en su *Zoología del Africa meridional*, hace la descripción de tres especies de *naia hadje*, que en la esencia no difieren del *naia* de Egipto. Comparándolas atentamente, el doctor Smith tampoco ha encontrado gran diferencia entre los habitantes indígenas del Cabo y los del Egipto; la misma con corta diferencia que habia observado entre las diferentes tribus que habitan el Africa meridional. La pequeña serpiente del Cabo es exactamente la misma que el *naia* egipcio. La variedad que se encuentra mas difícilmente al sud del Africa, la llaman aquellos colonos *spungh-slang* ó serpiente escupidora, por la facultad que tiene de arrojar el veneno á larga distancia. Tanto los naturales del país como los extranjeros estan contestes en que este reptil arroja el veneno á una distancia de muchos piés, sobre todo cuando le es el viento favorable. Tambien aseguran que dicha serpiente dirige el veneno á los ojos de los que se permiten invadir sus dominios, y que el resultado es causar una gran inflamacion en la vista, cuando no ciegan de repente.

Un oficial de marina que se distinguió mucho por su valor en la toma de San Juan de Acre, estuvo á pique de ser víctima de uno de estos *naias*. Estando un dia de caza, pisó inadvertidamente uno de tan peligrosos reptiles. Al momento vió su pierna enroscada por el mortífero animal, que separando atrás la cabeza se aprestaba á arrojarle á la cara la envenenada baba, cuando su compañero que conservaba toda su sangre fria la apuntó con su fusil y le destruyó la cabeza de un tiro.

Una vez escitada la cólera de estos animales, no cejan fácilmente en su propósito. El doctor Smith cuenta que paseándose un dia por los alrededores de Graham Town se encontró con un *naia* que al verle alzó la cabeza y le avisó del peligro por medio de agudos silbidos, visto lo cual por el doctor se vió precisado á recurrir á la fuga.

La especie asiática es mucho mayor que la africana. En Ceilan la longitud del *cobra* de capello varia de dos á cuatro piés. Su color tambien es diferente.

El doctor Davy, y aun ahora tambien se clasifican en dos categorías estas serpientes segun el color de la piel. Las que le tienen mas claro pertenecen á la primera, y las mas oscuras á la segunda. El *naia* mayor que habia visto este naturalista tenia seis piés de largo, aunque el capitán Percival dice en su relacion que ha encontrado de estos reptiles largos de seis á quince piés. Cuando el *naia* está encolerizado y se prepara á atacar, levanta la cabeza y una parte del cuerpo á una altura de tres á cuatro piés, dejando la parte inferior fuertemente enroscada, dando así mayor elasticidad al golpe. La membrana, que cuando el reptil se halla en perfecta calma, cae inerte y sin accion en la parte posterior de la cabeza y á los lados del cuello, se hincha extraordinariamente formando una especie de capucha como en las cobras de Egipto. En el *nag* ó serpiente de Asia esta especie de capucha tiene una mancha muy semejante á un par de anteojos, por lo cual se la llama vulgarmente la *serpiente con gafas*. El capitán Percival considera esta hinchazon de la membrana como una preciosa señal que Dios la ha impuesto para que el hombre pueda libertarse de su fatal mordedura. El mismo observador añade que estas serpientes gustan en extremo de la música.

Los juglares de la India sacan de esta inclinacion un gran partido para domesticarlas, logrando con el tiempo que hagan ciertos movimientos acompasados cuando hacen resonar los pífanos que tocan generalmente.

El doctor Davy describe una de estas representaciones que presencié en Ceilan.

«El espectáculo es verdaderamente curioso y agradable para los que pueden prescindir sin temor. El fascinador escita á la serpiente amenazándola y dándola repetidos golpes con la mano, calmándola en seguida haciéndola repetidas caricias.»

«¿No se parece esto en extremo al magnetismo?»

«El juglar evita con gran cuidado el furor del reptil, y no juega con él sino cuando ha recobrado su completa calma: en ese caso no teme acercar su cabeza á la cara, y aun introducirle en su boca las manos y las mejillas. El vulgo ignorante se imagina que aquella gente posee efectivamente un brevaire ó filtro que les permite hacer sin peligro aquellos temibles juegos. Los mas ilustrados se rien de aquella credulidad, y creen que los fascinadores no son mas que unos charlatanes, que á ningun peligro se esponen por haber arrancado previamente los dientes del reptil. Pero contra lo que sucede comunmente en esta ocasion, los despreocupados son los que se engañan, y aciertan los ignorantes. Yo he examinado por mi mismo las serpientes fascinadas ó magnetizadas, y he visto que poseian y estaban en plena posesion de sus cualidades venenosas. A no dudar aquellos juglares poseen un don que nada tiene sobrenatural despues de bien examinado, y este don es su confianza, ó mejor dicho su osadía. Perfectamente informados de las costumbres de las serpientes, saben que las repugna el hacer uso del arma fatal que las ha concedido la Providencia, y no muerden nunca sin haber amenazado mucho tiempo antes. Cualquiera que posea la misma confianza que los juglares podrá hacer lo mismo que ellos, y yo he presenciado muchos de estos ejemplos, y aun lo he hecho por mi mismo.»

A esto añadiremos la siguiente anécdota que cuenta un cirujano de la marina real inglesa:

«A últimos de 1845, dice, fatigado por los estremados calores de Madras, fuí á pasar unos cuantos dias á Ceilan, tanto

para respirar la fresca y balsámica brisa de aquella isla encantadora, como para visitar á algunos amigos. En Colombo, su capital, encontré al capitán Cambell, muerto despues gloriosamente en el campo del honor, y entonces ayudante de campo de su padre el gobernador. Durante mi permanencia en aquellos sitios presencié un espectáculo que quedé desde entonces grabado en mi memoria. Una mañana que el capitán mi amigo se disponia á meterse en el baño, vió á muy pocos pasos de distancia una enorme *cobra* de capello, enroscada sobre sí misma y en completa inmovilidad. En los trópicos es bastante frecuente el encontrarse frente á frente con algun reptil; pero aquellos peligrosos seres no atacan nunca, á menos que no se les enfurezca ó persiga deliberadamente. Como el tal *cobra* tenia unas dimensiones gigantescas, el capitán mi amigo resolvió apoderarse de él á toda costa para regalarlo al Museo de Londres, aprovechando al mismo tiempo la ocasion de poder cerciorarse completamente del mágico poder de los fascinadores. Con este objeto envié á llamar uno de los mas famosos, que vivia á algunas millas de distancia.

«Casi todos los europeos que nos encontráramos en aquel punto quisimos presenciar la escena, y en pocos momentos se vió la habitacion del capitán poblada de uniformes ingleses. Muchos de nosotros nos habiamos armado de antemano de un grueso baston, por si acaso el reptil trataba de divertirse con nosotros; pero el reptil, como si nos despreciara, no se movió ni un instante de su sitio. En esto llegó el fascinador. Era un anciano indígena, de semblante grave y paso mesurado, que acercándose al nido del reptil, entonaba uno de esos cantos monótonos propios de los pueblos del Oriente. Al oírle pareció como que se fijaba la atencion del *cobra*, el cual, estirando sus flexibles anillos, descubrió su enorme cuerpo lleno de variadas manchas; empero no por eso parecia dispuesto á dejar el puesto. El fascinador le hizo salir de él tirándole por la cola, cuidando de apartarse de su vista, aunque sin dejar por eso de cantar. Poco á poco fué el *cobra* irritándose visiblemente hasta que se puso enteramente recto, hinchándose su capucha, como tienen de costumbre cuando se aprestan á lanzarse sobre la presa. El magnetizador se pasó en frente de él, conservando su habitual impassibilidad, cantando siempre y mirando fijamente al reptil; despues, haciendo un movimiento rectangular, se aproximó al monstruo presentándole un trapo encarnado atado al extremo de un palo, lo cual acabó de enfurecerle, á juzgar por sus agudos silbidos. Hacia ya quince minutos que el magnetizador atormentaba de aquella manera á su víctima, y todos nos preguntáramos admirados en qué vendria á parar aquella terrible escena. La serpiente pasaba sin embargo alternativamente del furor mas concentrado á la inmovilidad mas completa, sufriendo la influencia del fascinador y siguiendo sin descanso todos sus movimientos; y hasta momentos hubo en que siguió con la cabeza el compás del canto.

(Continuará.)

FERNANDO, DUQUE DE GÉNOVA, Y SU ESPOSA LA PRINCESA ISABEL DE SAJONIA.

El príncipe Fernando de Cerdeña, duque de Génova, nació el 15 de noviembre de 1822: es hijo segundo del infortunado Carlos Alberto, último rey de Cerdeña. La presencia del príncipe mas bien interesa que impone, no obstante hacerle representar su carácter grave, mas edad de la que en realidad tiene. En abril de 1850 contrajo matrimonio con la princesa Isabel de Sajonia, nacida en Dresde el 4 de febrero de 1830. De los nueve hijos del príncipe Juan, duque de Sajonia, esta es la tercera, y la segunda de las hembras. Su belleza, si bien es notable, no llega á igualar á la de su hermana la princesa Sidonia, que tiene á la sazón diez y seis años próximamente; pero en cambio nadie escude á aquella en bondad de corazón y encantadora amabilidad. Su boda se celebró en Dresde, en la fecha arriba indicada, con extraordinaria pompa y solemnidad.

ESTÁTUAS DEL GENERAL ZIETHEN Y DEL ANCIANO DESSAUER, POR G. SCHADOSO.

Estas admirables estatuas son obra de Juan Godofredo Schadoso, uno de los mas célebres escultores de Alemania, que despues de desempeñar el empleo de director de los reales talleres de escultura, de escultor de cámara y secretario de la Academia hasta el año de 1805, fué nombrado rector, y en 1816 director de la Academia de Bellas Artes. Hizo vários viajes con objeto de adquirir conocimientos, y publicó algunas obras muy útiles para el estudio de la escultura, hasta que cansado ya de trabajar se dedicó en los últimos años de su vida á la enseñanza de los jóvenes escultores, terminando así este hombre notable su útil y laboriosa carrera.

MAGDALENA.

(Continuacion.)

Aunque poco tranquilo con la presencia de tan estraña catadura, Maés se adelantó hácia la torrecilla, y despues de subir cinco ó seis escalones se encontró en un aposento octógono que tenia ocho ventanas y servia de nicho al vigilante despertador. Este no se molestó en lo mas mínimo, y siguió contemplando el incendio con una satisfaccion espantosa.

—¿Cómo señalais el fuego en Blandecques, cuando está en Longueuerre? le preguntó Maés.

El despertador se volvió: enderezó su talla de seis piés, examinó al que hablaba, y despues de soltar una estrepitosa carcajada, empuñó la bocina, se asomó á la ventana y gritó:

—¡En Longueuerre! ¡En Longueuerre!

En seguida dejó la bocina sobre la mesa.

—¡A buen tiempo! le dijo Maés, ¡cuando el mal no tiene remedio!

—Un incendio es una gran cosa, contestó el despertador: á mí me gusta ver el fuego: mirad cómo se retuercen las llamas, cómo bailan y cómo vuelan.

—¿Y no considerais que lo que causa vuestro placer es la ruina y la muerte de otros?

—¡La ruina y la muerte! Pues bien; tanto mejor: á todos nos llega nuestro San Martin.
—¡Qué extraño personaje! murmuró Maës.



Carlos Lineo.

—Quince años hace que vivo en esta torrecilla, y vos sois el primer mortal que ha subido á verme. ¿Quereis decirme vuestro nombre?

—¿Para que?
—Para contentar mi curiosidad.
—Pues bien: me llamo Maës de Croï.
—¡Un caballero! El encuentro es soberbio, y podemos hablar de hombre á hombre, porque tal como me veis soy un portugués de alto linaje, y me conocieron en otro tiempo con el nombre de D. Rodrigo de Bragada.

Maës estuvo á pique de reirse al oír esto; pero se contuvo y dijo:

—Señor D. Rodrigo, habeis elegido una profesion muy melancólica.

—La única conveniente á mi rango, porque desde aquí soy mas alto que los demás hombres que se agitan á mis pies como miserables insectos.

—Sí, pero esta perpetua soledad...
—No es tan absoluta como imaginais: duermo cuando los demás velan; pero durante la noche me hacen compañía los buhos con quienes vivo en perfecta inteligencia: os aseguro que no son tan malos como los hombres.

—Lo que estais diciendo me admira sobre manera, y celebro haber hecho conocimiento con vos; pero... perdonad mi curiosidad... quisiera saber por qué causa abandonásteis vuestra patria, para elegir por morada la torre de San Bertin.

—Desgracias de la guerra, caballero: mas... si no estais de priesa, sentaos y os referiré mis infortunios.

El rostro del despertador se cubrió de amarga melancolía, y sentándose en frente de Maës comenzó su relacion de esta manera:
«Ya habeis oído hablar de la famosa guerra de España que duró seis años: durante los dos primeros estuvimos bastante tranquilos en Portugal, merced á los auxilios que nos llegaban de Inglaterra; pero en febrero de 1809 cambiaron las cosas, y la consternacion se esparció desde Braganza hasta la raya de Estremadura. Tres ejércitos franceses marchaban contra Portugal: el mariscal Soult por Galicia, el general Lapisse por Salamanca, y el mariscal Victor por las orillas del Tajo: teniamos muy pocas fuerzas, y las guarniciones abandonaban las plazas.

«Poco despues se estableció el mariscal Ney en Galicia, y Soult se dirigió á Oporto con venticuatro mil hombres. Entonces empezaron mis desdichas. Al punto lice que mi muger y mi hija se trasladasen á la ciudad, y abandoné mi residencia de recreo situada á distancia de una legua, en la orilla meridional del Duero. En seguida me puse al frente de unos cien hombres y penetré en los montes para unirme al general en jefe de nuestras tropas. Pudimos haber destrozado al enemigo; pero estalló la discordia en nuestro campamento; varios soldados indisciplinados asesinaron al general y á su estado mayor, y yo debí mi salvacion á la fuga.

«Cuando llegué á mi casa, Oporto habia ya sucumbido; el saqueo duró venticuatro horas, y al cabo de ellas restableció Soult la disciplina. Era ya tarde; pero al fin logré por mi parte encontrar á mi muger y á mi hija, ocultas en casa de un amigo á quien las habia recomendado. De comun acuerdo resolvimos salir de la ciudad llena de soldados, á quienes no siempre contenia el rigor de la disciplina, persuadidos de que viviríamos mas sosegados en nuestra residencia del campo. Partimos de noche acompañados de treinta hombres bien armados que debian residir en nuestra quinta para protegernos de las partidas de merodeadores que recorrían las campiñas.

«Quince dias hacia que nos habiamos refugiado á las orillas del Duero, sin haber experimentado el menor contratiempo, cuando un dia vimos aparecer en el patio de la casa á un cazador francés con galones de sargento primero. Era hombre de constitucion atlética; mas parecia doblegarse bajo el peso de la mochila y del fusil. Su rostro de espresion repugnante era flaco: los padecimientos y el cansancio habian impreso pro-

fundas arrugas en sus mejillas; un reguero de sangre salia de su pecho y le bajaba por la pierna izquierda. Al encontrarse en medio del patio, se detuvo y dirigió sus miradas á los



Carlos Lineo.

hombres que le rodeaban. Entonces pareció que las fuerzas le abandonaban, y dejando que descansase en tierra su fusil, gritó con ronco acento:

—¡Pan!
«Mi gente cruel, como somos todos los hombres en tiempo de guerra, iban á echarle al campo sin piedad, cuando me asomé á una ventana y me enteré de lo que sucedia.

«Tuve compasion de aquel desgraciado, y solo ví en él un hombre: costó mucho trabajo salvarle la vida, porque su herida era muy peligrosa, y los tormentos del hambre le habian producido una fiebre terrible. Sin embargo, gracias á nuestros cuidados y á su constitucion, se puso bueno.



Fiacre de Viena probando caballos



Vegetacion primitiva en el rio de las Amazonas.

»Desde luego tuvimos motivo para felicitarnos por nuestra caridad, pues el sargento llegó á ser el comensal de la casa, y nos prestó muchísimos servicios. En dos ó tres circunstancias nos preservó de los merodeadores; en una palabra, conquistó nuestra confianza y nuestra amistad.

»El mariscal Soult se cansó al fin de su inaccion, y empezaron de nuevo las hostilidades. El general Murray destacó un cuerpo de tropas contra el enemigo, y se renovaron los horrores de la guerra. Me cansé de aquella lucha devastadora, y me decidí á envainar la espada, dejando al cielo la decision

de la contienda, y á huir á Inglaterra con mi esposa y mi hija. Estas paralizaban todo mi entusiasmo.

»Mi proyecto no era de fácil ejecución; pero pude al fin conseguir nuestro pasaje en un buque que iba á salir para Londres. No me atreví á valerme de ninguno de mis criados, temiendo una traicion, y por el contrario me pareció que el sargento era el único á quien podía confiar mi vida, pues habia salvado la suya. Le encontré dispuesto á servirme, y ofreció acompañarnos hasta la costa, para que su uniforme nos sirviese de garantía.

»Me preparé para la noche siguiente, noche por cierto sombría y nebulosa. Habia reunido mis joyas y el oro disponible, valores que ascendian á unos cien mil francos: era una pobreza en pais extranjero; pero valia mas que la opulencia en medio de los horrores de la guerra. Todo lo metí en un baul que iba en el carruaje, en el cual se colocaron mi muger y mi hija, y el sargento las guió siguiendo la orilla izquierda del Duero. Yo permaneci un cuarto de hora en la quinta para ocultar varios papeles importantes, é indiqué á mi esposa un sitio en el cual debiamos reunirnos.

»Partí por último; mas al llegar al punto convenido conocí que el carruaje se habia adelantado, pues oia el ruido de las ruedas. Grité y no me contestaron; entonces corri hácia el carruaje, y detuve la mula.

—Mucho caminais, dije chancéandome.

»Por única respuesta recibí en la mano un latigazo.

—Hola! exclamé sin soltar la mula; no me conocéis? Soy D. Rodrigo.

»Un juramento salia del interior del carruaje, y el sargento me dejó ver su cabeza: la luna me permitió examinar su rostro, en el que se pintaba una espresion horrible que me hizo retroceder murmurando:

—En nombre del cielo ¿qué ha sucedido?

—Nada, nada, me contestó procurando sonreirse, y enseñándome sus colmillos parecidos á los de un jabalí...

—Mi esposa!... ¡Mi hija! exclamé.

—No estan lejos, me dijo; se han quedado atrás; esperadlas aquí, mientras llevo vuestro baul á la costa.

—Alto ahí! le grité: quiero que me entregues mi muger y mi hija.

—Pues bien, me replicó, vete á reunir con ellas.

»Y aplicándome en la cabeza un terrible golpe con el puño, me hizo rodar hasta el Duero.

»Al llegar aquí el despertador añadió con la mayor tranquilidad:

—Hé ahí un fuego que me divierte sobremanera.

»En seguida cojió la bocina, se asomó á la ventana, y gritó irónicamente:

—¡ En Longueuerre! ¡ En Longueuerre!

—¿ Y el fin de la historia? le preguntó Maës.



Estátua del viejo Dessauers, por G. Schadoso.



Estátua del general Ziethen, por G. Schadoso.

Es muy poco interesante. Salí del río nadando, y permanecí estenuado en la orilla: al amanecer descubrí los cadáveres de mi esposa y de mi hija estrechamente abrazados; cubrí con mi capa á aquellas prendas de mi cariño, y cabé su sepultura en la ribera. Despues empuñé mi puñal y me dirigí á los montes; en ellos me batí desesperadamente con ánimo de encontrar la muerte; pero caí prisionero, y me trajeron á Francia. Llegué aquí: el vigilante de San Bertin acababa de ser aplastado por una piedra; nadie quería su plaza, y yo la solicité á fin de vivir solo con mis recuerdos. Esta antigua torre y yo moriremos juntos... En cuanto al sargento, probablemente desertaría con el baul, y tal vez será hoy un hombre respetable en su país.

—Pero eso no me explica, observó Maës, por qué habeis gritado Blandecques en vez de Longueuerre.

—Sin duda que no, contestó misteriosamente el desesperador.

Y volviendo á empuñar la bocina repitió tres veces el grito aterrador de *fuego en Longueuerre*.

Maës se despidió de D. Rodrigo, quien le dijo estrechándole la mano:

—Adios, señor Maës de Croi: que Dios y la vírgen os protejan.

VII.

Fuego y agua.

Al día siguiente del incendio se hicieron pesquisas para descubrir quién había pegado fuego á la fábrica de destilar. Nada pudo averiguarse; pero el hecho fué que dicho establecimiento quedó completamente arruinado, y que se calculó la pérdida de Bruno Corbehem en unos cien mil francos. Él no pronunció una palabra; pero sus miradas eran feroces. Díjose que había retirado sus fondos del comercio, y que quería asegurar sus fincas; pero que como eran tan considerables, el derecho de seguros le había horripilado y no había querido terminar el negocio.

El jueves por la mañana entró en el patio de su casa un hombre montado y cubierto de polvo.

Era el primer trabajador de la cervecería de Norrait-Fontes.

—Señor, le gritó, ¡qué desgracia!

—¡Ira de Dios! Habla bajo, le dijo Bruno.

—Pues bien, la fábrica de cerveza...

—¿Qué?

—Se ha quemado.

Bruno dió un salto terrible, cojió al trabajador, lo derribó, y poniéndole una rodilla sobre el pecho le dijo:

—¿Es verdad eso?

—¡Ah! Ojalá os hubiérais abrasado con ella.

—Está bien.

Dejó al mozo, metió las manos en los bolsillos y fué á dar su paseo de costumbre en la plaza de Armas: miró de reojo hácia la botica de Martin Van Honke, y vió á este delante de ella. Detúvose, se rascó la barba, y empezó á reflexionar. Por último, se caló el sombrero hasta los ojos y se dirigió tortuosamente hácia la botica.

Martin Van Honke le vió llegar, y tuvo todo el tiempo necesario para levantarse: despues, observando que Bruno se había detenido, le hizo una seña de que entrase, y le condujo á un laboratorio en el cual disponia sus operaciones químicas.

Bruno dirigió á los frascos y á los hornillos de aquel una mirada de temor y sospecha, y tuvo la precaucion de sentarse al lado de la ventana. El boticario, como hombre ducho, esperó á que él hablase.

—Primo, dijo al fin Bruno, nosotros hemos tenido algunas pequeñas reyertas, pero estas cosas no duran mucho tiempo entre parientes. Los dos somos testarudos, ¿eh? y haríamos mal en perjudicarnos... ¿Qué te parece?

—Pienso como tú.

—Por eso he venido á ofrecerte la paz, dejando á un lado el amor propio.

—Me alegro mucho.

—¿La aceptas?

—Sí, y no.

—¿Por qué?

—Porque la partida no es igual entre nosotros.

—Veamos pues, hablemos de condiciones.

—Hablemos.

—¿Quieres cien mil francos?

—No.

—¿Pues qué pretendes, malvado?

—Una de dos cosas.

—¿Cuales son?

—O la mano de Magdalena ó la mitad de su fortuna.

Bruno Corbehem se levantó, lanzó un rugido, enseñó los colmillos á Martin Van Honke, y salió de la botica.

En la semana siguiente ocurrió el incendio de la hacienda que Bruno poseía en Therouane. Ya no pudo dudarse de que algun enemigo secreto le perseguía con su implacable venganza. El terror del vecindario fué grande, y todos huían de él como de un leproso.

No tardó mucho en recibir el último golpe.

Poseía entre Saint Omer y Lumbres inmensos pastos reputados por los mejores del país, y en los cuales engordaba grandes vacadas. Una mano oculta abrió las esclusas del río Aa, y no tardó en saber Bruno que en sus prados solo se veían esqueletos de bueyes y de vacas.

Martin Van Honke se aprovechó de las desgracias de su rival, pues con el pretexto de compadecerse de ellas las refería á la anciana ciega. Por lo regular acababa su narracion diciendo:

—Ahí teneis un hombre que era rico, y hoy no posee tanto como yo.

Tanto fué excitando á la vieja, que al fin le dijo esta:

—El lunes te daré la contestacion, y vive seguro de que el mas rico de vosotros se llevará á Magdalena.

Martin se puso pálido, pues conocía que á pesar de las pérdidas sufridas, Bruno era todavía quince veces mas rico que él, pues de los dos millones de que era poseedor solo había perdido unos quinientos mil francos.

Haciendo estas reflexiones se dirigió á las ruinas, y encontró á Bruno, cuyo aspecto le hizo retroceder. Animó no obstante sus labios una sonrisa de triunfo, y se atrevió á preguntarle:

—¿Cómo vamos de negocios, primo?

Bruno le miró como pudiera hacerlo una pantera; mas en vez de reprenderle, se sonrió como un idiota.

Mas Martin Van Honke no se detuvo, y prosiguió su camino. Bruno entonces cojió una piedra enorme con propósito de aplastarle la cabeza; pero oyó ruido de pasos en las ruinas, dejó caer la piedra con disimulo, y se dirigió á casa de la ciega.

Esta le dijo que el lunes sabría su resolucio.

En seguida llamó á Magdalena y la dirigió estas palabras:

—Hija mia, he prometido contestar el lunes á las proposiciones de Bruno y de Martin: prepárate pues á casarte con el mas rico de los dos. Vas á ser muy rica, y esto es cuanto necesitas.

Magdalena nada pudo contestar; pero cuando llegó á su cuarto, se arrojó sobre la cama, y hecha un mar de lágrimas exclamó:

—¡Rica!... ¡Muy rica! ¿Y qué me importa eso?

Llegó aquel lunes fatal para ella. Martin y Bruno debían ir al anochecer para saber la decision de su abuela. La presencia de aquellos dos hombres era odiosa á Magdalena, pues comprendía los negros abismos de sus almas sedientas de oro. Resolvió pues no asistir á la entrevista decisiva.

A las cuatro pudo separarse de la anciana y corrió á casa del abad Van Troyeu, y llegó á ella sollozando.

Entró precipitadamente en el gabinete del sacerdote, y se dejó caer en un sillón.

Fué tan rápido su movimiento, que no vió á Maës, quien se hallaba sentado cerca de la chimenea. Tambien él se había refugiado sin duda en el seno del buen abad y buscaba consuelo en sus amistosas palabras.

Van Troyeu era uno de esos hombres virtuosos que serian apóstoles en caso necesario, pero que viéndose imposibilitados de ejercer tan alto ministerio, se limitan á ser los ángeles custodios de cuantos les rodean: su caridad se hacia humilde, secreta é infatigable.

Al ver entrar á Magdalena desesperada, el compasivo viejo levantó la cabeza y exclamó:

—¿Qué teneis, pobre hija mia?

—¿Qué ocurre, Magdalena? preguntó Maës al mismo tiempo.

—¡Ah! ¿sois vos, Maës? murmuró ella cándidamente. ¿Cuánto me alegra el veros aquí! Padre mio, añadió, mi abuela ha citado hoy á Bruno y á Martin. ¡Todo se ha concluido para mí!

El pecho de Maës exhaló un profundo suspiro é inclinó la cabeza bajo el peso de su dolor. En aquel instante se encontraron sus ojos con los de Magdalena; el abad Van Troyeu sorprendió la mirada de los amantes, y una sonrisa paternal animó sus facciones.

De pronto le ocurrió una idea: levantóse con una viveza juvenil, y cojiendo el baston y el sombrero, dijo á sus jóvenes amigos:

—Permaneced aquí, nada espereis; pero haré en favor vuestro todo cuanto pueda. Rogad á Dios que me conceda el don de la persuasion.

Poco despues se dirigía hácia la plaza de San Bertin.

Martin Van Honke y Bruno Corbehem no estaban en la fábrica de curtidos, y el abad encontró á la anciana junto al fuego. Despues de los cumplimientos de costumbre, se sentó y dijo á la ciega:

—Mi buena amiga, supongo que vais á decir que me propongo mezclarme en lo que no me toca.

—¡Ah! exclamó la abuela, esa necia de Magdalena os habrá dicho que prefiere morir á casarse con un hombre rico. Ya conozco á los jóvenes.

—La pobre no me ha enterado tanto; la he visto llorar, y he comprendido sus penas.

—Señor abad, he determinado casarla con Bruno Corbehem porque es muy rico; pues á pesar de sus recientes pérdidas posee todavía un millón quinientos mil francos.

—Muchas obras de caridad se podrían hacer con ellos!

—¿Qué os parece esa suma unida á la de Magdalena? Bruno es capaz, por poco tiempo que viva, de dejar cinco millones á sus hijos. ¿Os parece poco esto, señor abad?

—¿Y creéis vos que el dinero es la única garantía de felicidad en este mundo? ¿Os guió ese solo motivo para casaros? ¿Creéis que hemos recibido de Dios el derecho de casar á nuestros hijos contra toda su voluntad? ¿Os parece buena proporcion para un hombre que ha entrado en la vejez, una jóven de diez y ocho años? ¿Habeis calculado las consecuencias de semejante enlace y la responsabilidad que va á pesar sobre vuestra conciencia? Creedme: cuando los jóvenes son juiciosos y estan bien educados, conviene permitirlos que elijan: si se equivocan, podemos interponer nuestra autoridad.

Las palabras del abad eran tan sencillas y verdaderas, que la anciana, persuadida á pesar suyo, no sabia qué responder. El buen Van Troyeu se animó y dijo: La muerte nos sorprende cuando menos pensamos en ella; así pues, no os acordéis de Bruno ni de sus millones, y casad á Magdalena con Maës de Croi.

—¡Con Maës de Croi! exclamó la anciana.

—Es de buena familia y hombre honrado á toda prueba.

—¡Maës de Croi! Buen consejo es el vuestro, señor abad. ¿Sabeis quién es vuestro recomendado? Un hipócrita que quiere introducirse en las familias para...

—Estais equivocada, amiga mia.

La vieja entonces refirió á Van Troyeu con marcadas pruebas de triunfo el supuesto crimen de Maës de Croi y sus execrables tentativas de seduccio.

—¿Qué decís á esto? añadió al concluir.

—Que no sabeis lo mismo que asegurais. ¿Queréis que os declare en qué consiste todo?

—Sí por cierto.

—En una grosera falsedad inventada por Bruno Corbehem y Martin Van Honke para perder á ese jóven, á quien consideraban rival suyo.

Aunque el abad nada añadió á estas palabras, la vieja quedó aturdida, pues su conciencia le decia que Van Troyeu tenia razon.

La noche se acercaba entre tanto, y hacia ya algunos minutos que los dos interlocutores permanecian silenciosos, cuando llegaron hasta sus oidos estos gritos que repetía el despertador de San Bertin con su bocina.

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto!

—¡Gran Dios! ¿Qué es eso? exclamó la vieja.

—Voy á informarme, contestó el abad.

Un drama horrible y desconocido para todos acababa de llegar á su desenlace.

Hé aquí lo que había acontecido.

Cuando Bruno Corbehem vió que se ponía el sol, se dirigió en casa de Magdalena. Martin Van Honke le vió pasar, cerró la botica, y le salió al encuentro junto á las ruinas.

Bruno conoció los pasos del boticario y le siguió sin mirarle.

—No te acerques, ó haré una de las mias.

Martin se detuvo, aunque sin manifestarse intimidado; las arrugas de su rostro revelaban una resolucio indomable. Quería vencer, á pesar de que le constaba que su adversario llevaba lo mejor de la partida.

Bruno, seguro de la victoria, era capaz de todo antes que consentir en que le arrebatasen su presa. Su mirada hubiera hecho temblar á otro hombre, cuando enseñó á Martin sus colmillos.

—Primo, dijo Martin con acento firme, hablemos claros.

—Habla, le respondió Bruno.

—Ya sé que has ganado la partida ¿Cuánto me das porque te deje en paz?

—Nada; y si das un solo paso, te aplasto como á un reptil.

—Eso es bueno para amedrentar á niños. Hablemos formalmente: no ignoras que tu vida está en mis manos.

—Te equivocas: hace ya muchos años... y no hay un solo testigo.

—¿Con que nada quieres darme? Pues bien, quiero probarte que puedo disponer de tu vida, y despues harás de tu capa un sayo.

—Corriente.

—Entra conmigo en las ruinas, y sígueme á la plataforma de la torre.

—¿Y qué hemos de hacer allí?

—¡Imbécil!

—¿Cómo!

—¿Quieres subir ó no?

—Sí, con tal que vayas delante.

—Con mucho gusto.

—Y cuidado, que soy capaz de todo.

—Te creo.

Metiéronse en las ruinas y llegaron á la escalera de la torre, que empezaron á subir á oscuras. Bruno había sacado un cuchillo, pues temía y aun deseaba ser atacado por su enemigo. Pero Martin subía tranquilamente y no volvió la cara una sola vez.

—Primo, ¿qué diablos quieres hacer ahí arriba? le dijo Corbehem.

—Te preparo una sorpresa, le contestó Van Honke.

Llegados á los últimos escalones detúvose este y gritó:

—¡Hola, despertador! abre la puerta y alumbranos.

Oyóse ruido de pasos, se abrió la puerta, y se presentó D. Rodrigo de Bragada con una linterna en la mano.

Martin Van Honke se arrimó á la pared, de modo que Bruno se adelantó, y encontróse cara á cara con el despertador. Mas no bien hubo visto este el repugnante rostro de Bruno, cuando le acertó en la cabeza un golpe con la linterna gritando:

—Infame, ¿qué has hecho de mi esposa y de mi hija?

Bruno Corbehem divisó la cara del despertador, lanzó un grito espantoso, y cayó hácia atrás, arrastrando consigo á Martin Van Honke.

D. Rodrigo se inclinó hácia el abismo y oyó imprecaciones confusas: despues empuñó la bocina y se puso á gritar con todas sus fuerzas:

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto!

Sus voces reunieron al vecindario en las ruinas: algunos curiosos se adelantaron para averiguar lo que ocurría; pero les esperaba un espectáculo horrible al pié de la escalera de la torre.

Martin y Bruno yacían en el suelo espantosamente mutilados y con las cabezas rotas por las piedras que se habían desprendido y rodado sobre ellos.

No daban la menor señal de vida; pero sus cadáveres ofrecían señales de una lucha que había durado hasta el último instante de su existencia.

El abad refirió á la anciana lo que acababa de acontecer: la ciega meneó la cabeza y permaneció un cuarto de hora absorta en sus cavilaciones. Van Troyeu se dirigió una hora despues á su casa, en la cual le esperaban Maës y Magdalena con mortales angustias.

—Abrazadme, hijos míos, les dijo, pues he ganado nuestro pleito.

Los dos estrecharon al buen abad, y Maës exclamó:

—Os debemos nuestra felicidad, padre mio...

—Dad las gracias al que es mas poderoso que todas las criaturas, respondió Van Troyeu con solemne acento.

Y lleno de entusiasmo y de fé levantó sus manos señalando al cielo.

LOS FIACRES EN VIENA.

En Viena como en la mayor parte de las capitales de Europa, hay una multitud de carruajes de alquiler ó de *fiacres*, que se subdividen en varias clases segun el servicio á que se dedican; unos recorren los cementerios, las plazas y calles mas públicas y los arrabales de la ciudad; otros paran en las estaciones de los caminos de hierro; y otros finalmente se alquilan por días ó por meses; estos son los mas elegantes, no diferenciándose de los particulares, mas que por el número; así que al alquilarlos algunos suelen ponerlos una librea particular, aparentando así ser propios.

Los dueños de *fiacres* toman los caballos para su servicio, ya á los chalanos que por lo regular son judíos polacos, ya de los deshechos de la caballería. El anterior grabado representa uno de estos *fiacres* cuyo dueño está probando unos caballos que trata de comprar delante de una hospedería. Si el villos que demuestra no es causa de algun artificio por medio de la avena, indudablemente este tronco formará el orgullo de su parada.

Despues de haber descrito, aunque superficialmente, tan diferentes clases de *fiacres*, vamos ahora á decir dos palabras sobre los cocheros. Su traje es rara ezz propio ó de moda.

escepto el de los *fiacres* elegantes. Llevan un sombrero de alas anchas, una bufanda al cuello que en invierno les tapa la cara: en tiempo de frío ó lluvias llevan un capote de paño blanco con muchas esclavinas, necesitando además para soportar los rigores de la estación una buena dosis de vino ó portar los rigores es tan imposible, que estamos seguros de que si se aproximase un espectro, le gritaría impávido: «Caballero, quiere V. un carruaje?»

LAS CENAS DEL DIRECTORIO.

TOMO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

El anónimo.—Tres hombres de gobierno.

A mediados de setiembre, y como á las seis de la tarde, se daba un gran banquete en el palacio de Vitry, que se había vendido como propiedad nacional, y que se hallaba completamente restaurado con su primitiva elegancia.

En un vasto salón, cuyas ventanas daban vistas al pintoresco jardín, y alrededor de una mesa ovalada cubierta de los más sabrosos y regalados manjares, inventados por la refinada glotonería de la época, se encontraban reunidas todas las notabilidades políticas y artísticas. En el centro de dicha mesa se elevaba, á guisa de emblema triunfal, un prodigio, una *bomba helada*, que debía coronar la sencilla colación ofrecida á los voraces gastrónomos del Directorio por la hechicera Coraly, propietaria legal de aquella mansion aristocrática.

Al fin del banquete anunció la hermosa jóven el disparo de la bomba; y los convidados, que se habían esparcido por el jardín, acudieron presurosos á la novedad. Armada Coraly, semejante á una bella amazona, con un cuchillo de plata, dió una estocada formidable al helado globo, del cual corrió en abundancia un río de *ambrosía*.

—¡Esto es admirable! exclamó un general; buen golpe, y hermoso brazo.

—Me parece estar viendo, añadió un poeta, á una Sacerdotisa druida segando la verberna sagrada.

—No, observó un miembro del Instituto, esta señorita es Hebe...

—Sirviendo á los dioses, contestó Coraly presentando trozos exquisitos de la bomba á los altos personajes políticos.

La bomba era de fresa y de naranja, y se había hecho en el ex-palacio Real, donde el ciudadano Foy supo establecer el mejor café de París: obtuvo pues los unánimes elogios de toda la concurrencia.

A las delicias de la colación debían unirse las de la armonía: Coraly afinó su arpa, sacó de ella divinos preludios, y Garat, el indispensable Garat, improvisó arias, romances y caprichos, que encantaron á aquella reunion de sabios y de hombres de Estado.

Alejémonos un momento de los grupos del gran salón, y enterémonos de la conversacion que habían entablado en el jardín los directores Gohier y Moulins, á quien enseñaba el primero un pedacito de pergamino en el cual se veían escritas unas cuantas líneas.

—¿Quién os ha entregado eso? le preguntó Moulins.

—Lo he encontrado en mi plato entre dos cucharadas de *bomba helada* que me ha servido la encantadora Coraly. Seguro estoy de que ignoraba lo que me ha dado, porque examiné su rostro y estaba sereno.

—Eso consiste en que las mugeres son consumadas en el arte del disimulo.

—Con todo, es imposible; pues aunque supongamos que Coraly se haya enamorado del emisario de Bonaparte, del capitán que ha sustraído á nuestras iras, no es lógico sospechar que denuncie al Directorio, por medio de un billete anónimo, el gran secreto del general en jefe del ejército de Egipto. Reflexionadlo bien.

—Ya lo estoy haciendo, y nada discurro: en fin, volvamos á examinar el billete.

Gohier desplegó el pedazo de pergamino, húmedo por el almibar helado de fresa y de naranja, y leyó en él estas palabras:

«El general en jefe Bonaparte se hará á la vela, y deja el Egipto á fines de agosto para volver á Francia. Le acompañarán Berthier, Marmont, Murat, Lannes, Andreossy, Monge, Bertholet, etc.»

—Y estamos ya á mediados de setiembre! exclamó Moulins.

—Precisamente.

—De modo que Bonaparte trae unos quince dias de viaje, y si su travesía es buena, debe desembarcar ahora en el territorio republicano.

—Así es.

—Mientras nos hallamos aquí los directores muy descuidados y adormecidos entre los hechizos de Coraly, las bombas heladas y las melodías de Garat.

—Bien dicho.

—¿Y qué? dijo Moulins mirando de hito en hito á Gohier.

—¿Y qué? repitió Gohier cruzándose de brazos delante de su colega.

—Vuestro parecer es que...

—Y vuestra opinion se limita á...

—Se os figura que en este momento crítico, el partido más prudente y más enérgico consiste en...

—Y vos pensáis sin duda que, pues peligrá la seguridad del Estado, debemos adoptar...

—Yo nada pienso de cuanto decís, y espero vuestra decision...

—Precisamente aguardaba yo la vuestra...

—Pues ninguna tengo que proponer.

—Ni yo tampoco. Salud y fraternidad.

—Poco á poco, compañero; en estos casos siempre se consulta á tercera persona.

—¿A quién? ¿á Barras?

—¡Bah! Está loco de amor, de helados y de música.

—Sieyes no ha venido, ni tampoco Roger-Ducos. ¿Queréis que hablemos al ciudadano Talleyrand?

—¿Por qué no? El ministro de relaciones exteriores debe

saber algo de lo que sucede fuera de la República. Voy á llamarle.

—No; ya sabeis que Monseñor es cojo, y que cuando se embute en un sillón, no hay quien lo saque de él.

—Pues bien, seguidme: está sentado muy cerca de la ventana y nos acercaremos á él por el lado derecho del salón.

—Muy bien; de ese modo escuchará los cantos de Garat con el oído izquierdo.

El plan era acertado, y fué puesto en práctica con matemática exactitud. El director Gohier se acercó al ciudadano Talleyrand, seguido de Moulins y le dijo á media voz:

—Tenemos que hablaros.

Talleyrand, príncipe de Perigord, sin volver la cabeza, tomó un polvo y respondió con calma:

—Estais en vuestro derecho, ciudadanos.

—Somos Moulins y yo...

—No lo ignora.

—¿Pero... si no nos habeis visto, ciudadano?...

—Eso no prueba que haya dejado de conoceros.

—¡Demonio! ¿Teneis ojos en el cogote?

—¿Y es eso todo lo que teneis que decirme, ciudadanos directores?

—No; se trata de una noticia importante que acabamos de recibir. Hace quince dias que Bonaparte ha salido de Egipto...

—¡Hola! ¿Ha vuelto á la Siria?

—De ninguna manera; vuelve á Francia, y á estas horas debe hallarse en uno de nuestros puertos.

M. de Talleyrand imitaba al dios Término, pues no se movía y sus ojos parecían de mármol.

—Ea, ciudadano Talleyrand, prosiguió Gohier, ¿cuál es vuestra opinion en tan graves circunstancias? Y á propósito, como ministro de relaciones exteriores, debeis saber algo.

¿Habeis recibido despachos?

—Me presentais dos cuestiones á un mismo tiempo, contestó el inmóvil personaje; la de los despachos y la de mi opinion particular en el asunto. ¿A cuál quereis que responda primero?

—A la que gustéis, porque el tiempo urge, ciudadano ministro. Creéis sin duda que es preciso se reúna el Directorio, que se prevenga al Consejo de los Ancianos y á la Asamblea de los Quinientos, que se declare á Bonaparte traidor á la patria y se le ponga fuera de la ley...

—¿Y cuál es vuestro parecer? preguntó Talleyrand.

—¡Oh! El que os he indicado; es lo mejor que puede hacerse, y lo mismo piensa Moulins.

—Pues bien; si ese es el mejor partido, con dificultad encontrareis otro que valga más.

—Podemos tambien contemporizar, observó Moulins, y obrar despues con arreglo á las circunstancias.

—Si preferís eso...

—¿Quién sabe lo que conviene?

—¿Y cómo he de saberlo yo, ciudadanos directores?

—Ciudadano ministro, ¿estareis por ventura en connivencia con el traidor para dar un golpe de Estado? repuso Gohier.

—Si así fuese, dijo Talleyrand, debeis creer que seriais los últimos en saberlo de mi boca.

—Que el diablo se lo lleve, murmuró Gohier mirando á Moulins.

—Dios libre al diablo de semejante apuro, replicó este último, porque iría por lana y volvería trasquilado.

—Pero, ciudadano ministro, gritó Gohier, ¿de nada os instruyen vuestros agentes diplomáticos?

—Por lo regular se informan de la policía que sosteneis en el extranjero, contestó Talleyrand.

—Pues hé aquí un billete interesante: leed.

El príncipe de Perigord, sin volver la cabeza, levantó la mano y recibió el pergamino abierto que le presentaban: en seguida lo aplicó á sus ojos, lo miró, y lo devolvió sin pronunciar una palabra.

—¿Qué tal? le dijo Gohier: ya veis que la cosa es cierta.

—Al menos está escrita, repuso Talleyrand. ¿Y cómo os ha llegado ese anónimo?

—Por medio de la bomba helada.

—Pues señores, nada de eso comprendo, observó el mas flemático de los hombres de Estado.

Entonces Gohier le refirió en voz baja de qué modo había encontrado en su plato el pergamino. M. Talleyrand, por única respuesta, soltó una carcajada estrepitosa. Furiosos los directores se separaron de él y volvieron al jardín. Poco despues entraron en el salón, resueltos á despertar de su arroboamiento al Presidente del Directorio. Pero habían elegido un momento fatal para comunicaciones de importancia, pues Gohier se acercó á Barras y le habló al oído; pero no fué escuchado: Moulins hizo lo mismo y... nada: estaba sordo de ambos oídos.

—¿Sabeis á qué se asemejan los dos? dijo el último á su colega.

—No, contestó este.

—A dos ladrones que se fingen locos para adormecer á los demás y hacer su agosto. Mi parecer es que consultemos el de Sieyes y el de Roger-Ducos.

—Siempre os apegaís á las opiniones de los demás, y en el fondo obráis con prudencia. Salgamos pues de aquí, y dejemos que esos se duerman en la mansion encantada de Circe: cada uno de ellos se despertará mañana convertido en un nuevo Nabucodonosor.

Los dos directores se metieron en un coche y no tardaron en llegar al palacio de Luxemburgo; aunque tuvieron antes la precaucion de hacer llamar á su presencia al ciudadano Foy, autor reconocido de la famosa bomba helada, á fin de que diese esplicaciones acerca del pergamino encontrado en aquel globo de almibar, de fresa y de naranja.

Lo mas sencillo hubiera sido empezar por esto. Pero no seguiremos á nuestros directores al interior del palacio de Luxemburgo, ni volveremos al brillante salón de Coraly, porque en él no oiríamos mas que música, sin enterarnos de la gran cuestion revelada por la bomba.

Añadamos á lo dicho que la noticia de la repentina vuelta del jefe del ejército de Egipto andaba ya en boca de todos, y que debía mas bien asustar al Directorio que causarle estraneza.

(Continuará.)

Un amigo nuestro, y poeta muy conocido, nos ha facilitado algunas cartas de una coleccion de ellas que está escribiendo y que verán la luz pública en LA ILUSTRACION, si las damos que por de pronto insertaremos, interesarán, como creemos, á nuestros lectores. Hé aquí la primera.

CARTAS DE DOS AMIGOS.

EPISODIOS DE LA VIDA INTIMA.

CARLOS A LUIS.

Ginebra, febrero de 18...

Me hallo á orillas del pintoresco lago *Leman*, solo con mis dolores y mis recuerdos. ¿Para qué quiereres que te escriba? Desde que tengo uso de razon no he hecho mas que disparatar en la vida. ¿Cuántas lágrimas he hecho derramar á mi pobre madre! ¿Cuántas veces he quebrantado la fortaleza del que hoy me mira desde el cielo; de mi sábio, valiente y amoroso padre! Con un alma entusiasta y un corazon ardiente jamás he podido comprender los *mezzi-termini*. Estremado en todas mis resoluciones, en cada choque he dejado algun pedazo de mí fé, de mi esperanza ó de mi amor,—de una de estas tres fuerzas del alma que hablan de Dios.—¿Cuántos desengaños he padecido! ¿Cuántas derrotas! Mira, Luis, he llegado á tal hastío y aborrecimiento de la vida, que á no ser por un resto de piedad filial me habria ya suicidado cien veces!

Los dolores han agriado mi carácter: los desengaños me han hecho receloso y desconfiado,—desconfiado á mí, Luis, de cuya credulidad os reiais tanto en aquellos tan felices años de nuestra infancia.—Vivo en medio de los hombres como en un desierto: no vivo, muero, porque la vida que arrastro es una continua y dolorosa agonía. ¿Cuán despreciable y mezquino es el género humano! No há mucho que ví á una niña de diez y siete años junto al féretro de su padre. Salí atraída por el ruido de los hombres que levantaban el atahud del catafalco mortuario.—¡Qué momento de tan suprema amargura! Aquel era el último adiós que en la tierra daba á tan queridos y venerandos restos. ¿Podrás creer, Luis, que salí estudiando ademanes y actitudes, coqueteando en el dolor, por decirlo así? Yo estaba allí, aunque apenas conocía al muerto: era un noble anciano, piadoso y esforzado: un caballero de otros mejores dias. Nos habíamos hablado tres ó cuatro veces en un viaje que hice el año pasado á *Chamouni*. Estaba allí, aunque no me habían convidado; porque allí es mi lugar, donde se llora. El comportamiento de la niña me irritó: fijó su vista en todos los presentes uno tras otro, y á todos saludó con graciosísimas sonrisas. Hubo un estúpido que se acercó á consolarla: los demás siguieron su ejemplo. Ella, ocupada en agradecer sus simpatías, olvidó á lo que había venido, y no estampó el postrer beso filial en la serena y majestuosa frente del anciano. Dirigíame de soslayo miradas que reclamaban un contingente de consuelos. Yo aproveché un momento en que uno de aquellos imbéciles la dirigía una de esas impiedades tan de moda en semejantes casos:—No tiene remedio; además todos tenemos que morir, y es mas natural que mueran los viejos: Es la voluntad de Dios etc. etc. Y dije entonces desabrido:—«Dios no manda que el hijo no lllore á su padre; una cosa es resignarse á su voluntad divina, y otra no sentir. Cristo, el prototipo de toda perfeccion, lloró muchas veces sobre los demás y alguna sobre sí mismo.»—Y me salí del aposento sin saludar á nadie. A pocos pasos me reuní al funebre cortejo: iba casi solo.—Los convidados preferían consolar á una huérfana jóven, rica y hermosa, á acompañar los innócentes restos del que fué su amigo. Esta es la historia de la humanidad. ¡Egoísmo, egoísmo, egoísmo!

¿Me preguntas si recuerdo á M...? ¿Puede acaso el que lleva clavado el puñal en el corazon olvidarse de la herida? Me dices, y segun creo con pretensiones de aplicarme un remedio fuerte (un revulsivo que llaman los médicos si mal no recuerdo), que está muy obsequiada por el baronico de... y muy derretida con él. ¡Dios la haga muy feliz! La amo hoy como cuando creí que no era insensible á mi afecto; como la amaré hasta el último instante de mi vida. ¿Qué me importa que sea ingrata? Yo me complazco en el dolor: siento una especie de horrible placer en remover el dardo que rasga mi corazon. La amo como el río va á la mar; porque es una necesidad imperiosa de mi naturaleza, una condicion necesaria de mi vida. Me dices que si yo me curara de su amor tornaría á verlo todo risueño. ¿Qué error! ¿Quiéres condenarme á que me desprecie á mí mismo? Si mi corazon fuese como el del comun de los hombres, variable y egoista, ¿qué derecho tendria yo para despreciar la humanidad?

Tengo además otras razones para adorarla siempre: antes de conocerla ignoraba de lo que era capaz mi corazon en el mundo del sentimiento. Ella me reveló hasta qué punto podía yo sentir y amar. No he tenido ni tendré otro amor en la vida. ¡Oh! Si pudiera darte una idea de la felicidad que derramaba en mi alma una mirada suya, un solo acento! Muchas veces en público, rodeados de personas extrañas, daba ella á cualquiera espresion, indiferentísima al parecer, la entonacion que solo á ella he oído, una significacion inmensa de amor y de ternura. Otras se dirigía á mí pidiéndome uno de esos servicios que son de mera cortesía en la sociedad. Aquella preferencia me hacia caer en un éxtasis de felicidad tal, que son pobres y mezquinas todas las lenguas humanas para espresarlo. No tengo derecho tampoco para acusar á M... Nunca me dijo que me amaba. Díomelo solo á entender una vez en una de sus cartas, que conservo en mi corazon y en mi memoria. ¡Dios la haga tan feliz cuanto yo la amo y la bendigo!

Lástima me dan los que pretenden que la palabra se dió al hombre para espresar sus sentimientos. El lenguaje es un medio de comunicacion para los negocios; un vehiculo para la trasmision de los conocimientos humanos: para la espresion de los sentimientos no hay lengua que no sea estúpida. La mas perfecta en tal caso es como una de esas tantas cifras convencionales que emplean los gobiernos para sus comunicaciones secretas, signos á los cuales se da un valor que no tienen. El amor, el entusiasmo, el dolor; todas las afecciones nobles y generosas del alma son para sentidas, no para espresadas. Por esto casi siempre se indican con gritos inarticulados, ó con frases vacías de sentido: con una gerigonza absolutamente ininteligible é irremediamente ridícula para

los espectadores ú oyentes, no agitados por una sacudida análoga. Pero advierto que voy filosofando demasiado y que ya se me acaba el papel. Adios, Luis. Si insistes en que siga esta correspondencia, contéstame á esta ciudad. Yo te avisaré oportunamente de mi partida y direccion.

Si volviere M... á preguntarte por mí, díla que vivo, con lo cual dicho se está que la amo. Adios.

CARLOS.

UNA MAÑANA Y UNA NOCHE.

Era una mañana del mes de mayo; nos hallábamos en la cima de una montaña desde la cual se abarcaba con la vista una de las mas deliciosas comarcas de Alemania; difícilmente podria imaginarse un panorama tan encantador como el que se descubria desde aquella altura; á la derecha un lago, al pié una poblacion risueña, al frente y por todas partes bosques de altísimos árboles que iban á perderse en lontananza, al pié de la cordillera que cerraba aquel valle pintoresco. El día brindaba á la felicidad: ni una sola nube empañaba el cielo azul, y una brisa suave y embalsamada daba frescura y lozanía al espíritu y al cuerpo; el sol iluminaba la yerba, y las flores cubiertas de rocío, con un reflejo de vida y de ventura; el dulce murmullo del viento en las hojas de los árboles, el zumbido de las abejas, los perfumes de las plantas silvestres, todo contribuía á formar una armonía sublime, un himno que se remontaba al cielo como tributo que la creacion parecia rendir al Creador. Era imposible resistir al vago deseo de tomar parte en este concierto, ofreciendo en holocausto el mas grande y mas noble sentimiento del hombre; el alma se exhalaba en pensamientos de amor, en aspiraciones insensatas de una felicidad que es irrealizable en la tierra.

Era la primera vez que gozábamos de la soledad del campo; que de pié sobre la plataforma de un castillejo arruinado nos sentiamos emancipados del mundo y mas cercanos del cielo.

Cuando entramos en la juventud, en nuestra necesidad de amar, apenas nos fijamos en el objeto de nuestro cariño; una muger ama á un hombre; un hombre ama á una muger; mas tarde es cuando llega la eleccion, cuando se ama al individuo; á él porque es él; á ella porque es ella. Al principio la cabeza está ocupada con perfecciones imaginarias que se aplican á la primera muger en que se fija la atencion, para convertirla en un falso ídolo, abrumado de oro, de pedrería, de todas las riquezas que la imaginacion puede crear, y ante el cual nos prosternamos de rodillas; despues es cuando, con razon madura, comprendemos nuestro error, porque de improviso se aparece aquel ser con quien soñábamos.

Ella y yo, ambos habiamos pagado ya nuestra adoracion á mentidas imágenes del objeto de nuestro amor primero; ambos reconociamos el engaño de nuestra fantasia y la realidad verdadera de nuestros ensueños.

«Por fin te he encontrado, me decia ella; tú eres indudablemente aquel cuya forma vaga é incierta me presentaba incesantemente mi imaginacion exaltada. Cuando te ví por primera vez, me pareció que te conocia desde mi niñez; ¡cuántas noches he soñado contigo! ¡cómo te he amado siempre! No he atravesado nunca los campos solitarios de la aldea en que pasaron los primeros años de mi juventud sin que mis ojos te buscaran por todas partes, sin que mi corazón tuviera la esperanza de encontrarte pronto: cuando concluía la tarde, y con ella se desvanecía mi esperanza hasta el día siguiente, contemplaba los últimos rayos del sol y fijaba mi vista en la luna, segura de que tus ojos harían otro tanto, fuese cualquiera el lugar del mundo en que te hallaras; no sé qué secreta felicidad experimentaba pensando que así se establecía entre nosotros un dulce lazo, porque nuestras miradas iban á encontrarse en el mismo punto. Despues, al retirarme á casa, arrancaba al paso una flor, y la consultaba con una fé que te parecerá extravagante, pero que era profunda, porque yo creía con supersticion ciega en aquel agüero: para saber si pensabas ó no en mí, deshojaba con cuidado la flor; cada hoja arrancada tenia alternativamente el valor de una afirmacion ó de una negativa; ¡cómo oprimía la tristeza mi alma las pocas veces que la flor me decia que no te acordaba

de mí! Pero también ¡qué dichosa me sentía cuando al atravesar el umbral de mi morada, la última hoja me daba la confianza de que pensabas en mí y me amabas! ¡qué dulce y qué tranquilo era el sueño de aquella noche!»

Mientras ella pronunciaba estas palabras, fijó sus ojos en los míos y corrian ligeros los minutos en estas dulces conversaciones de amor, la brisa traía sobre mi frente el velo de gasa que flotaba en su sombrero de paja y el ligero crujido de su falda, y el perfume que exhalaban sus cabellos rozando con sus puntas mis mejillas, producía en mi corazón un estremecimiento febril.

Después, cuando apoyada en mi brazo bajaba ligera y esbelta la montaña, dejando en la arena una huella apenas visible de sus pequeños piés, me repetía mas con los ojos que con el labio: «Te amo; tú serás el único amor de mi vida; empieza para mí una nueva existencia; tú eres el único que tiene derecho para disponer de ella!»



Pero de aquella mañana de mayo y de aquellas palabras no queda mas que la memoria; aquella muger se desvaneció como una sombra, y yo no he vuelto á ver la montaña, ni el castillejo arruinado, ni el paisaje que se descubria desde la plataforma.

La suerte se ha ensañado luego cruelmente contra mí, haciéndome pagar los réditos de aquella suma de felicidad, sin perdonarme pesares y sufrimientos de todo género; mi cabello ha empezado á perder el color de la juventud, y las arrugas comienzan á surcar mi rostro, avisándome que me acerco á la vejez; pero el corazón, que era lo que yo deseaba que envejeciese, es precisamente lo que se conserva sin gastarse, por mas rudos que hayan sido los desengaños que ha tenido que sufrir.

La calma aparente de algunos días es precursora siempre de un vértigo irresistible, que me impele tras la huella de aquella muger cuya sombra parecia completamente disipada,

y al verla un solo instante, oculto unas veces, de frente otras, para absorber una mirada suya, no sé qué estremecimiento doloroso y bienhechor al mismo tiempo turba mis sentidos. Llegó un día en que se apoderó de mí el ansia irresistible de estar algunos minutos cerca de ella, aunque fuese á precio de mi vida entera; querer es poder cuando se tiene voluntad, y sobre todo cuando el corazón lo manda; la ví, y gocé con la turbacion que la produjo el fuego de mi mirada; no era posible entablar con ella ninguna conversacion, ni podia tampoco aceptar la indiferencia de un diálogo vulgar: lo mejor era el silencio; la casualidad hizo que su brazo tocase con el mio que se encontraran nuestras miradas como otras veces; ella palideció, llevó la mano delante de sus ojos, y respiró con dificultad; para afectar distraccion, ó acaso por un resto involuntario de coquetería, se quitó los guantes que llevaba puestos, y mostró aquellas manos que aparte de la belleza en las formas y de la delicadeza en los contornos, tienen para mí toda una fisonomía; entre tanto yo aspiraba con avidez aquella atmósfera que embalsamaba con su aliento, y recojia algún suspiro que se exhalaba de su pecho y que parecia traerme algo de su sangre y de su alma!...

Cuando me separé de ella la seguí con la vista; mi lengua no podia articular ningún sonido; mi cabeza no podia formular ninguna idea; pálido, con la mirada estraviada, golpeándome la frente con las manos, los cabellos en desorden, vagué á la ventura largo rato ansiando el viento frío para que refrescase mi cabeza abrasada: cuando logré calmarme y una especie de éstasis contemplativo se apoderó de mi espíritu, pude coordinar las ideas y mi memoria recorrió una vez mas las tristes circunstancias de mi vida entera; recordé que no me habia engañado, cuando en días felices presentí que aquella dicha no podia durar mucho, y miré con desesperacion el recuerdo que le seguiria: yo, imbécil de mí, tuve por funestos algunos de aquellos días, sin ver entonces que estaban destinados á formar la parte mejor de mi vida! Reflexioné luego por qué transiciones habia llegado á una situacion tan extraordinaria, y cómo cada paso habia hecho inevitable el que le habia seguido!

Incliné mi cabeza sobre el pecho; algunas lágrimas oscurecieron mis ojos; pero no tardé en enjugarlas y en sentirme sereno y tranquilo. Es verdad que ella ha separado nuestras dos existencias; pero yo solo me quejo de la suerte que así lo ha dispuesto: mi amor ha cambiado también; ya no es ardiente, impetuoso, irreflexivo; aunque es profundo, inmenso como siempre, mas acaso que nunca; es solo la aspiracion de un alma dolorida hácia el ser cuya mirada consuela y sostiene; ya no necesito que me ame; semejante felicidad seria superior á mis fuerzas; no la pido mas que el permiso de adorarla en el fondo de mi corazón, sin que mis ojos ni mis labios lo den á entender jamás; no tengo otro deseo que el de aprovechar alguna ocasion de estar cerca de ella y de admirarla en silencio; no la pido que me dirija la palabra, ni que repare en mí; yo la veré de lejos, yo obraré con cautela, yo lo preveeré todo.

La tranquilidad de que disfruto me permite ya hacer lo que no he hecho hasta aquí; yo elegiré una de esas mañanas de mayo que tanto amaba ella, uno de esos días de primavera que despiertan en el alma esa tristeza sin motivo, ese deseo sin objeto, esa inquietud desconocida, esa tentacion de llorar, esa aspiracion á una cosa ignorada; un día, en fin, me decia: «te amaré toda mi vida;» y á la plataforma del castillejo arruinado, donde me abandonó su mano, y donde yo pasé dulcemente la mia por su cintura estrechándola sobre mi pecho, y la enviaré desde allí un suspiro del fondo de mi corazón; bajaré por el mismo sitio que bajamos juntos; me detendré en los mismos parajes; cojeré algunas hojas en los mismos árboles; beberé en el mismo arroyo, y marcharé de las mismas matas que las cojimos en otro tiempo; iré una noche á la claridad de la luna, al balcón en que la veía vestida de blanco, y yo también consultaré mi agüero con supersticiosa fé; deshojaré allí una rosa marchita que guardo hace años, y si la última hoja me dice que ella me ama, seré feliz en medio de mi infortunio, daré al viento un beso para su frente, y la bendeciré.

como el que he recordado antes, y subiré á la montaña en que me decia: «te amaré toda mi vida;» y á la plataforma del castillejo arruinado, donde me abandonó su mano, y donde yo pasé dulcemente la mia por su cintura estrechándola sobre mi pecho, y la enviaré desde allí un suspiro del fondo de mi corazón; bajaré por el mismo sitio que bajamos juntos; me detendré en los mismos parajes; cojeré algunas hojas en los mismos árboles; beberé en el mismo arroyo, y marcharé de las mismas matas que las cojimos en otro tiempo; iré una noche á la claridad de la luna, al balcón en que la veía vestida de blanco, y yo también consultaré mi agüero con supersticiosa fé; deshojaré allí una rosa marchita que guardo hace años, y si la última hoja me dice que ella me ama, seré feliz en medio de mi infortunio, daré al viento un beso para su frente, y la bendeciré.

A. DE LACROIX.